

CAPÍTULO 21.
Yo soy, el Señor, tu médico (Éxodo 15, 26).
Biblia, salud y medicina⁷⁰

Hernán Cardona Ramírez, SDB⁷¹

Resumen

La formulación de políticas públicas para la salud de los ciudadanos debe dialogar con los problemas y dilemas del contexto. La bioética y la acción ética deben generar conciencia en los procesos de cambio social. Un líder con estos rasgos fue Jesús de Nazaret, reconocido como médico o sanador en el siglo I, quien puso la salud en el centro de la justicia social. El método narrativo descubre el sufrimiento de la sociedad palestina, bajo el poder romano. La justicia y el derecho parecen alcanzables solo con un violento cambio de

70 Avance del proyecto de investigación Hermenéutica Bíblica Latinoamericana (HBL), registro SIAP: 09972, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia.

71 Doctor en Teología, Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín, Colombia). Docente Facultad de Teología Pontificia Universidad Javeriana. Miembro del grupo de investigación academia, Pontificia Universidad Javeriana. Director de los posgrados en teología, Pontificia Universidad Javeriana. Google Scholar: https://scholar.google.com/citations?user=9_bVNm8AAAAJ&hl=es&oi=sra. ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-4290-3075> Correo electrónico: hd.cardonar@javeriana.edu.co

poderes. Jesús eligió un camino distinto al de la violencia: fue por pueblos y aldeas como un médico y la gente sencilla mostraba las personas a quienes él curaba y les devolvía su dignidad e identidad. Jesús se interesó por la salud física de los seres humanos, este es el significado de la palabra “salvador”. Su protagonismo en la Bioética y la salud en la historia humana asoma en la cultura ancestral, en los evangelios y en la Biblia es un rasgo de Dios Creador. Basta con traer la frase conclusiva de Éxodo (15, 26), que Martín Lutero tradujo como “Yo soy, el Señor, tu médico”.

Palabras clave: biblia, Dios, Jesús de Nazaret, medicina, salud.

Abstract

The formulation of public policies for the health of citizens must dialogue with the problems and dilemmas of the context. Bioethics and ethical action must generate awareness in the processes of social change. A leader with these traits was Jesus of Nazareth, recognized as a doctor or healer in the first century, who put health at the center of social justice. The narrative method uncovers the suffering of Palestinian society under Roman rule. Justice and law seem attainable only with a violent change of powers. Jesus chose a path other than violence, he went through towns and villages like a doctor, and the simple people showed the people whom he healed and gave back their dignity and identity. Jesus was interested in the physical health of human beings; is the meaning of the word “savior”. The leading role of bioethics and health in human history appears in ancestral culture, in the gospels and, in the Bible, it is a trait of God the Creator, it is enough to bring the concluding sentence of Exodus 15, 26, which Martin Luther translated: “I am, the Lord, your physician”.

Keywords: bible, God, Jesus of Nazareth, health, medicine.

Resumo

A formulação de políticas públicas efetivas para a saúde dos cidadãos deve dialogar com os problemas e dilemas do contexto. A bioética e a ação ética entram em jogo para gerar consciência nos processos de mudança de práticas insuficientes. Um líder interessado no bem-estar das pessoas foi Jesus de Nazaré, reconhecido como médico ou curandeiro no primeiro século, que colocou a saúde no centro da justiça social. O método narrativo revela o sofrimento da sociedade palestina sob o poder romano. Justiça e lei parecem alcançáveis apenas com uma violenta mudança de poderes. Jesus escolheu um caminho diferente da violência, ele passou por estradas, cidades e aldeias como um médico, e as pessoas simples mostraram as pessoas a quem ele restaurou a saúde. Jesus se interessou demais pela saúde física dos seres humanos; é o significado histórico da palavra “salvador”. O protagonismo da bioética e da saúde na história de cada dia paira não apenas na cultura ancestral, mas também nos evangelhos e é uma preocupação central para o Criador da Bíblia, basta trazer a frase final de Êxodo 15:26, que Martinho Lutero traduziu: “Eu sou, o Senhor, seu médico”.

Palavras chave: bíblia, Deus, Jesus de Nazaré, medicina saúde.

DOI: [10.58863/20.500.12424/4284672](https://doi.org/10.58863/20.500.12424/4284672)

Introducción

La salud y el bienestar de las personas en la sociedad son tareas culturales comunes para los seres humanos, todavía se encuentran vestigios de este interés en numerosos grupos humanos de antaño con datos más tangibles en la actualidad. Los pueblos antiguos comprendían con relativa facilidad las afecciones físicas causadas por heridas externas, ejemplo de esto, son las lesiones en las batallas o el dolor derivado de una intervención quirúrgica. Pero,

algunos malestares y anomalías cuyas explicaciones desconocían, los creían efectos de fuerzas externas como dioses y diosas, poderes mágicos y demonios, muchos de los cuales, eran vencidos con exorcismos, remedios artesanales o la reconciliación con la divinidad por medio de oraciones y sacrificios (Graber y Müller, 2004).

En este camino de relación entre la salud, la medicina y las divinidades, la biblia tiene una función determinante. En primer lugar, porque en las tradiciones religiosas de la Biblia Hebrea solo Dios (YHWH) puede curar: “Yo soy, el Señor, el que te cura” (Ex 15, 26)⁷². Un dato que contrasta con las acciones en otras culturas y religiones.

En segundo lugar, porque el criterio anterior logra diversos matices con la aparición de Jesús de Nazaret en la historia. A él y a sus seguidores son atribuidas curaciones milagrosas, de las cuales se ufanan también curanderos griegos y romanos. Pero surge una diferencia capaz de dialogar con la realidad de hoy; Jesús actúa no solo para curar personas enfermas, sino que su acción cotidiana comprende la creación de una sociedad más saludable, la liberación del miedo, la convivencia solidaria en la justicia y el derecho, la hospitalidad con los vejados por la sociedad y por la vida, la reconciliación y el perdón para las personas sumergidas en el abismo de la culpa. Todo lo anterior para vivir desde la confianza plena en Dios como Padre (Crossan, 2002).

Metodología

En las investigaciones en general, pero de manera especial en las pesquisas de las ciencias sociales, la presentación de un tema o de un argumento, por parte

72 Martín Lutero tradujo la frase “Yo soy, el Señor, tu médico” (Ex 15,26 // 2R 5,7). Al respecto, ver N. Lohfink (1994, pp. 35-95). Las referencias bíblicas son de la Biblia de Jerusalén.

de un investigador o de un grupo de estudio, donde no sea clara la metodología de trabajo, ni el método usado, ni se conozca con claridad el inventario de recursos, una hipótesis es tan válida como otras porque no son evidentes las fuentes de apoyo para la búsqueda académica. El artículo estudia y revisa materiales y métodos para alcanzar un panorama académico interdisciplinario integrado y se detiene en el método histórico crítico, con aportes del análisis narrativo (Aletti et al., 2007).

El valor del método estriba en la capacidad de inscribir la investigación en una disciplina particular. En concreto, la interdisciplinariedad parte del contexto como oportunidad para reconstruir el entorno del argumento.

En segundo lugar, se usan diferentes fuentes textuales para el presente documento la fuente principal es la biblia, como recurso en las versiones hebrea y griega, idiomas originales de la Sagrada Escritura y, en tercer lugar, la conjunción entre el contexto amplio y las fuentes textuales para descubrir la novedad y el aporte de Jesús de Nazaret al tema y de la biblia a la civilización (Söding, 2018).

Hallazgos y discusiones

Algunos datos fuera de la Biblia

A su manera, cada civilización mezcla la razón y la superstición en su lucha contra la enfermedad. La antigua Mesopotamia, ha dejado un valioso ejemplo con su medicina de la lucha organizada contra el dolor físico y la enfermedad: tos, fiebre, dolor de cabeza, exorcismo, fuerzas ajenas o terapias (Bottéro, 1996).

Los primeros en mezclar la investigación y la teoría sobre los comportamientos humanos y su necesidad de curarse en los momentos de enfermedad fueron los egipcios (2600-1600 a.e.c.): abrir úlceras, encajar huesos, coser heridas, empastar dientes, usar medicamentos, poderes curativos de plantas y animales con una función en los tratamientos. Asimismo, en Egipto hubo lugar para la magia a la par de estas prácticas curativas (Porter, 2004).

Varios siglos después, a partir del año 600 a.e.c, los griegos afinaron el arte de la curación con una base empírica. Los médicos conformaban un gremio en la sociedad y se vinculaban y estrechaban nexos por el juramento hipocrático en el momento culmen del “grado”, al terminar la formación en las escuelas (Oepke, 1999).

Un dato destacado en Grecia, aunque no solo se da allí, es la relación entre salud, filosofía y religión. Estos rasgos aparecen en los escritos de varios pensadores y filósofos. Por ejemplo, para Epicteto (55-135 e.c.) la escuela filosófica debe ser *ιατρειὸν* (*iatreïon*, medicinal). En esta misma línea, Epicuro de Samos (341-270 e.c.) fue famoso por afirmar la salud integral de las personas:

Vano es el discurso de aquel filósofo por quien no es curada ninguna afección del ser humano. Pues, así como no asiste a la medicina ninguna utilidad si no busca eliminar las enfermedades de los cuerpos, del mismo modo, tampoco a la filosofía si no busca expulsar la afección del alma. (Vara, 2012, p. 117)

En Roma, existen testimonios de la aparición de médicos especialistas en afecciones estomacales de los ojos, los dientes, los oídos, los procesos de las mujeres en la fertilidad, el embarazo o la esterilidad. De otro lado, la profesión de los médicos adquiere estatus dentro de la sociedad y muchos hicieron importantes fortunas. Una realidad cuestionó a los profesionales de Egipto, Grecia, Roma, Israel, y, también, en otras culturas: las enfermedades, afecciones

y males para los cuales los médicos no tienen explicaciones satisfactorias ni curaciones efectivas. Este dato generó ideas supersticiosas, religiosas, mágicas y suscitó un nexo con la medicina (Graber y Müller, 2004).

La enfermedad se considera un castigo, efecto de una mala acción, no solo del enfermo sino de sus ancestros, hasta una falta tan grave que puede golpear a las generaciones siguientes. ¿Cómo vencer estas fuerzas extrañas y externas?, Es decir, acudir a divinidades benéficas como Apolo y Esculapio, en Grecia y Roma (Lyons, 1984). Esculapio es considerado el dios fundador de la medicina y Eros, de la gimnasia, la agricultura y la medicina. En Grecia, ambos dioses son mediadores de la acción sanadora del poderoso Zeus (Gil, 1976). Estas intercesiones buscan el bienestar de las personas y las comunidades, en una palabra, alcanzar la felicidad en esta historia.

En muchos casos, los enfermos duermen en los templos por el valor sanador del sueño como en el Santuario de Epidauro (López-Pérez, 2015; Gómez-Carrillo, 2010). Las opiniones de los estudios están divididas acerca de si durante el sueño, los enfermos presentes en los templos y santuarios sanadores eran sujetos de cirugías, intervenciones menores, acciones mágicas. Un aspecto relevante en este contexto es la identificación frecuente entre sacerdote y médico, con excepción de los casos de epilepsia, en los cuales, algunas tradiciones, veían presencia de divinidades o estados de posesión.

La enfermedad y la salud en los inicios de la Biblia

En un texto como el Génesis (50, 2) asoman las influencias egipcias y griegas en Israel, visible también en el esfuerzo de una medicina más empírica (Is 3, 7; Jr 8, 22) y la preocupación por normas de higiene como aparecen en Sir (19, 2-3), la admisión de los médicos como un gremio en la comunidad judía (Si, 38) y la dedicación de un libro completo, como el Levítico, a la salud, el

cuidado de la convivencia, los alimentos y la dieta. La anatomía y las cirugías inspiran respeto y el sacerdote tiene una responsabilidad con la salud de la comunidad (Lv 13, 49-52) (Andiñach, 2012).

Pero, en Israel afecciones como la enfermedad mental, la lepra y las causas de la muerte se vinculan a los demonios o fuerzas externas. Existen textos con rasgos de magia y conjuros en el judaísmo (1S 28, 3-25). De manera similar, a las culturas griegas y romanas se vinculan males específicos a las relaciones con la divinidad y en el contexto del pecado, Dios puede enviar la enfermedad o impedirla (Dt 30, 11-16) (Oepke, 1999). *En Israel, el verdadero y único médico, es YHWH*. Determinar la relación entre su fuerza creadora y el arte humano es difícil, porque no hay fuentes documentales fuera de la Biblia. Pero, hay dos factores no excluyentes uno de otro, más bien se coordinan para subrayar la fuerza eficaz y superior de YHWH.

El factor humano

Un profeta, un hombre de Dios, que al inicio es un médico con ciertas dotes, es encargado por YHWH de ayudar a los enfermos (2R 5; Is 38,21) (Ska, 2012). Junto a él aparece el sacerdote, quien en la ley (Torá en hebreo) es responsable por motivos culturales de la higiene sanitaria (Lv 13,49-52; 14,2; Mt 8,4; Lc 17,14). La frase “Yo soy, YHWH, tu médico [quien te sana]” (Ex 15,26) no posee un sentido exclusivo, sino un pensamiento sobre una presencia activa de la divinidad por siempre entre su pueblo.

El libro del Eclesiástico (Sir 38) valora la personalidad de los médicos, los reconoce como un gremio importante en la vida del pueblo y han sido creados por Dios (Sir 38, 1.12). Dios cura por medio de los médicos quienes, a su vez, oran a Dios para ser eficaces con sus acciones (Sir 38, 13-16). Ni siquiera

el alto grado la medicina en el Egipto de los Ptolomeos llegó a esta consideración (Oepke, 1999).

Otro dato interesante en la biblia es el recurso de la oración como medio para alcanzar la salud. En su origen, la oración está unida al culto, lugares, tiempos, hábitos y ejercicios penitenciales, como en los “salmos de lamentación” (Sal 5, 4.8; 28, 2; 38, 7; 42, 10; 88, 14). El lamento, la súplica de curación y la acción de gracias se usan para buscar el bienestar físico y material (Sal 16, 10; 30, 3; 32, 3; 41, 5; 51, 9; 103, 3; 147, 3) (Ska, 2012).

Los límites entre la súplica y la curación efectiva son inciertos. Casos bíblicos poco comunes son las curaciones con la serpiente de bronce (Nm 21, 8), la curación de la lepra del militar sirio Naamán (2R 5); la devolución de la vida a los muertos (1R 17, 20; 2R 4, 33), eventos unidos a la oración. Entre los judíos, el ilustre rabino Hanina Ben Dosa (70 e.c.) fue un gran sanador y en muchos casos gracias a la oración (Sicre, 1994). Sin embargo, para los rabinos del tiempo de Jesús, el don de las curaciones no es un presupuesto indispensable para ser maestro en Israel.

El factor divino

Sin olvidar los datos anteriores del factor humano en la salud, YHWH es, de ordinario, el médico, el curador y el sanador de Israel. Él revoca el juicio, los males de la nación, la enfermedad y el sufrimiento personal (Gn 20, 17, Ex 15, 26; Os 6, 1; 7, 1; 11, 3). Dios lleva a cabo acción integral, incluso vence la enfermedad y el pecado: “Él (YHWH), perdona tus culpas y cura todas tus dolencias” (Sal 103, 3). En la época posterior al exilio de Babilonia (587-538 a.e.c.), asoma en Israel esta conexión estrecha entre la curación y el perdón del pecado. Pero, el objetivo final es restaurar la comunión con Dios, de allí, procede el consuelo y la ayuda que desciende de lo alto (G. Lohfink, 2013).

En definitiva, quien cura y sana es Dios, también, si están en la escena sus delegados. Mientras los líderes de Israel perdieron el horizonte de ser guías veraces del pueblo (Za 11, 16; Jr 6, 14), el profeta, servidor fiel de Dios experimenta el llamado para curar a quienes están dispersos y tienen su corazón destrozado (Is 61, 1). “Gracias a sus llagas obtuvimos la curación” (Is 53, 5). Esta frase sobrepasa el sentido último de la salud entre los israelitas (Oepke, 1999).

La salud en el Nuevo Testamento

Datos de la Biblia Hebrea asoman en el siglo de Jesús de Nazaret, por ejemplo, las escenas recurrentes de personas con espíritu impuro y los dolores físicos (Mt 12, 22; Lc 13, 11; Hch 12, 23; 1Co 10, 10). Pero esta concepción no es única. Está en relación con la fe en Dios (Mc 3, 27) e, incluso, hace parte de la valoración delante de Dios, el juicio (Ap 6, 8). Jesús, con autoridad, niega la relación entre pecado y enfermedad (Jn 9, 3; 11, 4; Lc 13, 1), quiebra el dogma rígido e interpreta la enfermedad con una luz nueva y la libera del escándalo moral. Para Pablo de Tarso la enfermedad es una de las tantas dolencias humanas (Rm 8, 28; 2Co 4, 17) de personas y comunidades. En el Nuevo Testamento las lesiones, dolencias y enfermedades son un mal, contrastan con el designio creador de Dios, pero no se juzgan como pecado.

La imagen de Jesús médico está impresa en el corazón palpitante de la tradición cristiana primitiva. Todos los evangelios describen a Jesús con la palabra *ἰᾶσθαι* (*iâsthai*), del verbo *ἰάομαι* (*iáomai*): sanar, curar. “El poder del Señor le hacía obrar [a Jesús] curaciones” (Lc 5, 17; Lc 6, 19; Hch 10, 38-40; Lc 13, 32; Mc 5, 29-30; Mt 13, 15; Jn 12, 40). Incluso, Jesús se identifica con la sanación como salvación: él es médico (Mc 2, 17; Lc 4, 23).

Desde la perspectiva histórica, las curaciones de Jesús no son hechos aislados. Hay un número amplio de paralelos en Grecia y Roma, como se dijo más arriba. No obstante, los relatos acerca de los hechos sanadores son redactados unos cuatro o cinco decenios después de la muerte de Jesús (30 e.c.) y la comparación entre relatos de los evangelios sinópticos (Mc, Mt, Lc: años 70-90 e.c.) y aquellos de Juan asoman modificaciones apreciables, año 100 e.c., (De la Torre, 2014).

Cuando los estudios de crítica histórica y literaria identifican relatos de curaciones de Jesús con tradición antigua (Mc. 1, 29; 10, 46), sorprenden por su simplicidad y evidencia. Si Jesús no obraba estas sanaciones, difícilmente tendrían su origen en la comunidad cristiana. Las narraciones llegan hasta hoy, porque los primeros seguidores fueron testigos de obras concretas.

Pese a esto, emerge una novedad: las curaciones no fueron el centro de atención en la relación de los seguidores con Jesús, al contrario, la médula era el anuncio del Reino de Dios como una comunidad nueva, de hermanos y hermanas, capaces de compartir cuanto eran y tenían, en solidaridad y servicio (Hch. 2, 42-47; 4, 32-36). El samaritano atiende al medio muerto a la vera del camino solo porque es un “ser humano” (Lc. 10, 34). Un fruto maduro de esta conducta es la acción sanadora del maestro interesado en el bienestar de los suyos (Crossan, 2002).

La fe de la comunidad cristiana no depende de los eventos extraordinarios, al contrario, fue crítica ante la historia. Por ejemplo; en los textos neotestamentarios no se le atribuye ningún milagro, ni obra de curación a Juan Bautista a pesar de su prestigio como profeta (Jn 10, 41). Las narraciones en Hechos (14, 20; 20, 10; 28, 5) pintan *hechos naturales*, si bien no dejan de ser numinosos. Por tanto, las obras curativas de Jesús no se separan de su proyecto del Reino y Reinado de Dios, su *Abba* (Padre).

Las obras de Jesús se enmarcan en un objetivo preciso, si bien no es idéntico en todos los casos. Por ejemplo; varias de las enfermedades descritas en los evangelios son, de ordinario, idénticas a las encontradas en los santuarios de Epidauro. Pero, en los evangelios se distinguen por la brevedad del cuadro clínico. No hay espectáculo, ni alarde. Las gentes conmueven las entrañas *σπλαγχνίζομαι*, *splagchnízomai* (Delgado-Jara, 2014) de Jesús y lo impulsan a curar en la necesidad. Mientras las curaciones de Epidauro detallan al máximo las dolencias, vistas como sufrimientos y deseos insatisfechos y se ponderan las intervenciones de los sacerdotes, interesados en exaltar el nombre del santuario, en los evangelios resalta la compasión de Jesús médico.

En Jesús no hay acciones pasmosas de castigo ni de burla para los enfermos, contrario a los escenarios griegos y romanos. Basta comparar la curación de hijo de la viuda de Naím (Lc 7, 11-17), con el evento paralelo en Apolonio de Tiana (G. Lohfink, 2013). Jesús no cura a los enfermos para acreditar su persona o su misión (Mt 4, 1; 26, 53; 27, 39). Él no pide recompensa, más bien, Jesús mueve a los discípulos a obrar sin intereses mezquinos (Mt 10, 8; cfr. 2R 5, 16). Solo la gratitud, no para él, sino para el amor de Dios porque con la salud del cuerpo se alcanza, también, la bendición íntegra de la existencia.

La sanación

Jesús obra de forma simple, sin adornos externos, su fuerza proviene de su interior y actúa de manera eficaz. No hallamos signos de una terapia racional. Jesús cura sin *φάρμακα-βοτάναι* (*fármaka-botánai*), es decir, sin fármacos ni usos botánicos. El uso de la saliva (Mc 7, 33; 8, 23; Jn 9, 6) trae un elemento primitivo: en la saliva va el aliento o el espíritu vital y no un elemento médico, mientras que el uso del óleo en la unción hace parte de una *praxis* de los discípulos y no de Jesús (Mc 6, 13) (Oepke, 1999).

En el relato de curación en Juan (5, 1-12) cabe intuir una polémica con las prácticas de Asclepio, según las inscripciones en el santuario de Epidauro, donde es central el sueño terapéutico, como un trance con efectos físicos: vómito, supuración de las heridas, incisiones en el cuerpo o rutinas similares (López-Pérez, 2015), estos elementos no están presentes en los evangelios: en estos, todo ocurre en personas despiertas y vigilantes, a la luz del día, en público.

En Epidauro, la confianza se centra en la capacidad del curador, incluso hay rasgos humorísticos y un llamado a la propia fuerza. En los evangelios, en cambio, la fe es la opción por Jesús y su invitación al Reino. A quienes creen en él, Jesús les entrega su dinamismo vital, su Espíritu (Mc 11, 23). Aquí, es necesaria una relación de confianza en Jesús y en el amor compasivo de Dios y la respuesta a su llamado a la misión (Mt 8, 5) (Crossan, 2002). La fe es decisiva para la comunión con Dios. La fe alcanza la sanación para el cuerpo y el bienestar armónico de la persona (Mc 5, 34; Mc 10, 52; Lc 7, 50; 17, 19).

Conclusiones

La expresión traducida del hebreo “Yo soy, YHWH, tu médico” (Ex 15, 26), y la frase tomada del griego y dicha a Jesús “médico, cúrate a tu mismo” (Lc 4, 23), de ordinario, se aprecian desde dos extremos, en ocasiones, incapaces de dialogar. De un lado, el racionalismo que niega la posibilidad de una divinidad sanadora en la historia y prefiere una lectura mística, histórica-religiosa o simbólica de los relatos. En el extremo opuesto, se halla el intento de aislar estos relatos como un ejemplo de supra naturalismo exclusivo y, para ambas posiciones, queda la duda de si rige la prueba de los hechos.

En las curaciones de Jesús se encuentran, la disposición de los enfermos y la actividad-experiencia de Dios presente en él. La personalidad de Jesús logra

un influjo especial sobre las personas en su ambiente, sin limitarlo a una sugestión o una mera analogía. La medicina, cada vez más, supera la separación abstracta entre cuerpo e interioridad (vida espiritual) y, en ese contexto, cabe percibir los relatos de curaciones de Jesús en la perspectiva de la fe en Dios.

La separación mística y filosófica de cuerpo y alma es extraña, tanto en el pensamiento popular griego como en la antropología hebrea. La liberación de las aficciones humanas apunta a la salud física. Jesús rechaza la comprensión del mal como castigo. Jesús, curador del cuerpo, aprecia la integridad de la persona y de aquella, en medio de la comunidad. De ordinario, la curación no es el final de la relación con Jesús o el final del sendero, al contrario, de allí, se desprende una misión, un discipulado, un camino abierto.

Las curaciones de Jesús ocupan, pese a las analogías, un puesto particular en la historia religiosa. Están conexas de manera inescindible con la originalidad y la singularidad de la conciencia que Jesús tiene acerca de su misión en la historia; un dato sin paralelo en las referencias a Asclepio o Dionisio. La presencia de Dios médico, como *Abba*, en Jesús de Nazaret, en la convulsionada historia del siglo I, en la cuenca oriental del Mediterráneo posee, al menos, dos notas específicas capaces de orientar la acción ética y bioética en la sociedad actual.

En primer lugar, Jesús piensa en un nuevo Israel, es decir, en una comunidad saludable. Dios actúa en su pueblo. La compasión de Jesús por la viuda de Naín no es solo compasión humana como en Apolonio, con Asclepio, o en Epidauro, sino la revelación de la compasión de Dios con su pueblo (Lc 1, 54.72). Esta acción particular hace parte de la larga historia de las acciones propicias de Dios por su pueblo y de un itinerario de salud constante (salvación).

En segundo lugar, el judío Jesús opera acciones sanadoras, porque el Dios de siempre actúa en él, un Dios no episódico sino un Dios epifanía, opuesto a

la discriminación, la opresión, la explotación. Él está de lado de los pobres, de los crucificados y no de los ejecutores imperiales, busca la salud y el bienestar de todas sus creaturas. El Dios médico que cura y sana resiste de manera no violenta el mal sistémico de ayer y hoy.

Referencias

- Aletti, J. N., Gilbert, M., Ska, J. L., y Vulpilliéres, S. (2007). *Vocabulario razonado de la exégesis bíblica los términos, las aproximaciones, los autores*. Verbo Divino.
- Andiñach, P. R. (2012). *Introducción hermenéutica al Antiguo Testamento*. Verbo Divino.
- Bottéro, J. (1996). *Introducción al Antiguo Oriente. De Sumer a la Biblia*. Crítica.
- Crossan, J. D. (2002). *El nacimiento del cristianismo*. Sal Terrae.
- De la Torre, G. M. (2014). *Los milagros de Jesús y sus relatos*. Fucla.
- Delgado-Jara, I. (2014). *Diccionario griego-español del Nuevo Testamento*. Verbo Divino.
- Escuela Bíblica y Arqueológica de Jerusalén (ed.). (2019). *Biblia de Jerusalén*. Desclée de Brouwer.
- Gil, L. (1976). La medicina en el periodo pretécnico de la cultura griega. En P. Laín-Entralgo (ed.), *Historia universal de la medicina*. Salvat.
- Gómez-Carrillo, E. (2010). *La Grecia eterna*. Renacimiento.
- Graber, F. y Müller, D. (2004). Salud, curación. En L. Coenen, E. Beyreuther y H. Bietenhard (eds.), *Diccionario teológico del Nuevo Testamento* (Vol. II, 580-585). Sígueme.

Lohfink, G. (2013). *Jesús de Nazaret. Qué quiso, quién fue*. Herder.

Lohfink, N. (1994). *Theology of the Pentateuch*. Fortress Press.

Oepke, A. (1999). Iaomai. En G. Kittel y G. Friedrich (eds.), *Theological Dictionary of the New Testament* (Vol. III, 194-215). WM. B. Eerdmans Publishing Company.

López-Pérez, M. (2015). *Los relatos milagrosos de la Estela A del santuario médico de Epidauro*. Signifer Libros.

Lyons, A. P. (1984). Mitología médica griega y los templos de la salud de Asclepio. En *Historia de la Medicina*. Ediciones Doyma SA.

Porter, R. (2004). *Breve historia de la medicina. De la Antigüedad a nuestros días*. Taurus.

Sicre, J. L. (1994). Jesús poderoso en obras (Mt 8-9). I. El problema de los milagros. *Revista Proyección*, (41), 3-17.

Ska, J. L. (2012). *Introducción al Antiguo Testamento*. Sal Terrae.

Söding, T., y Münch, C. (2018). *Breve metodología del Nuovo Testamento*. Paideia editrice.

Vara, J. (ed.) (2012). *Epicuro. Obras completas*. Cátedra.